

Hortensia, habría salvado, ya que no la causa del emperador, por lo menos la del rey de Roma. «Hermana mía, dijo la reina á la emperatriz cuando iba á marchar á Blois, sabed que al salir de París neutralizáis la defensa, y así perdéis vuestra corona: veo, sin embargo, que hacéis este sacrificio con mucha resignación.» María Luisa contestó: «Tenéis razón, pero no es culpa mía, el consejo lo ha decidido así.» Hortensia replicó: «Quisiera ser madre del rey de Roma, y por la energía que demostraría sabría inspirársela á todos.»

La indignaba el desánimo de la opinión pública, y decía con amargura: «¿Es posible que un ejército tome tan fácilmente una capital? ¡Y estar el emperador tan cerca de aquí! Recuerdo que Madrid se ha sostenido algunos días contra nuestros ejércitos; hay mil ejemplos análogos, ¡y somos franceses!»

Era el 29 de marzo: el enemigo se acercaba; María Luisa acababa de salir de las Tullerías. Al saber Luis que su mujer y sus hijos no habían marchado aún, envió á decir á la reina que no olvidase que, tomado París, ella y sus hijos podrían ser detenidos en calidad de rehenes. A las nueve de la noche los carruajes se pusieron en marcha. La reina subió al primero con sus hijos; la condesa de Mailly, sub-aya de los príncipes, Mme. Bure y el conde y la condesa de Arjuzón ocuparon el segundo; Mlle. Cochelet estaba en el tercero, llevando consigo toda la fortuna de la reina, es decir, sus joyas. Como ya se había visto á los cosacos cerca de París, la reina, por temor de tropezar con ellos, había dado la orden á su correo de ir á bastante distancia delante de los coches y disparar un pistoletazo al aire si veía un enemigo, á cuya señal aquéllos retrocederían.

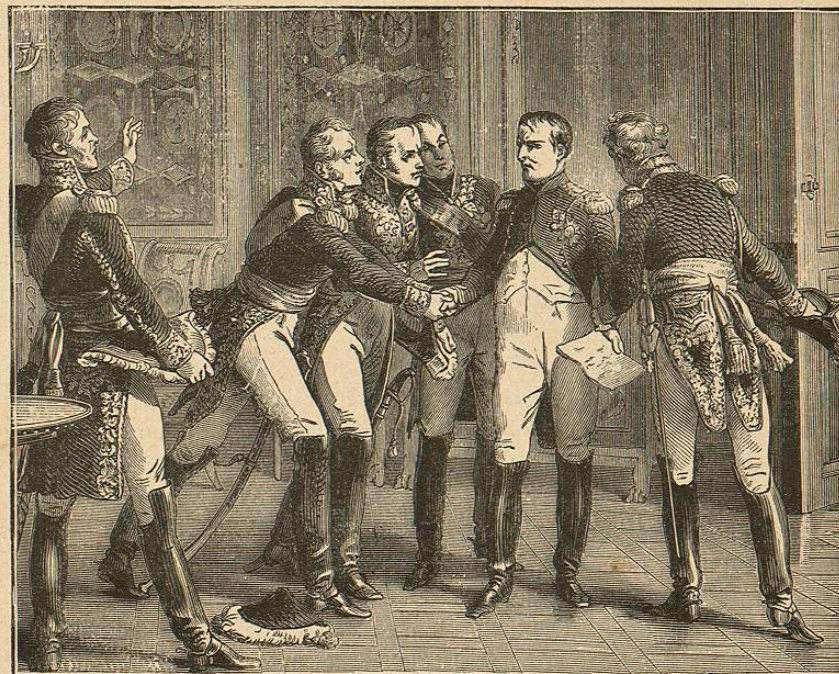
Hortensia no quería desesperar todavía, creyendo que Napoleón iba á aparecer como un salvador. Por esto decidió alejarse muy despacio y pernoctar en el Pequeño Trianón. Al día siguiente, 30 de marzo, el mariscal Moncey y un puñado de valientes defendían con heroísmo la barrera de Clichy.

Hortensia oía distintamente desde el jardín de Trianón todos los cañonazos que se disparaban en París. Cuando cesó la batalla y se firmó la capitulación, la reina se resolvió á continuar el viaje, llena de mortal angustia, y se encaminó primero á Rambouillet y luego al castillo de Navarra, cerca de Evreux, donde se reunió con su madre.

## II

## LA PRIMERA RESTAURACIÓN

Ha empezado la agonía del Imperio. Los aliados son dueños de París. Napoleón está en Fontainebleau; María Luisa y el rey de Roma en Blois; Josefina, Hortensia y sus hijos en el castillo de Navarra. El Senado ha llamado á los



Abdicación de Napoleón I

Borbones, y el emperador abdicado el 6 de abril por sí y por su dinastía. El 11, las potencias han firmado un tratado que confiere á Napoleón la soberanía de la isla de Elba, y otorga ventajas pecuniarias á los individuos de su familia, entre ellas una pensión anual de cuatrocientos mil francos para la reina Hortensia y sus hijos.

Hortensia cuenta con protectores entre los aliados: el príncipe Leopoldo de

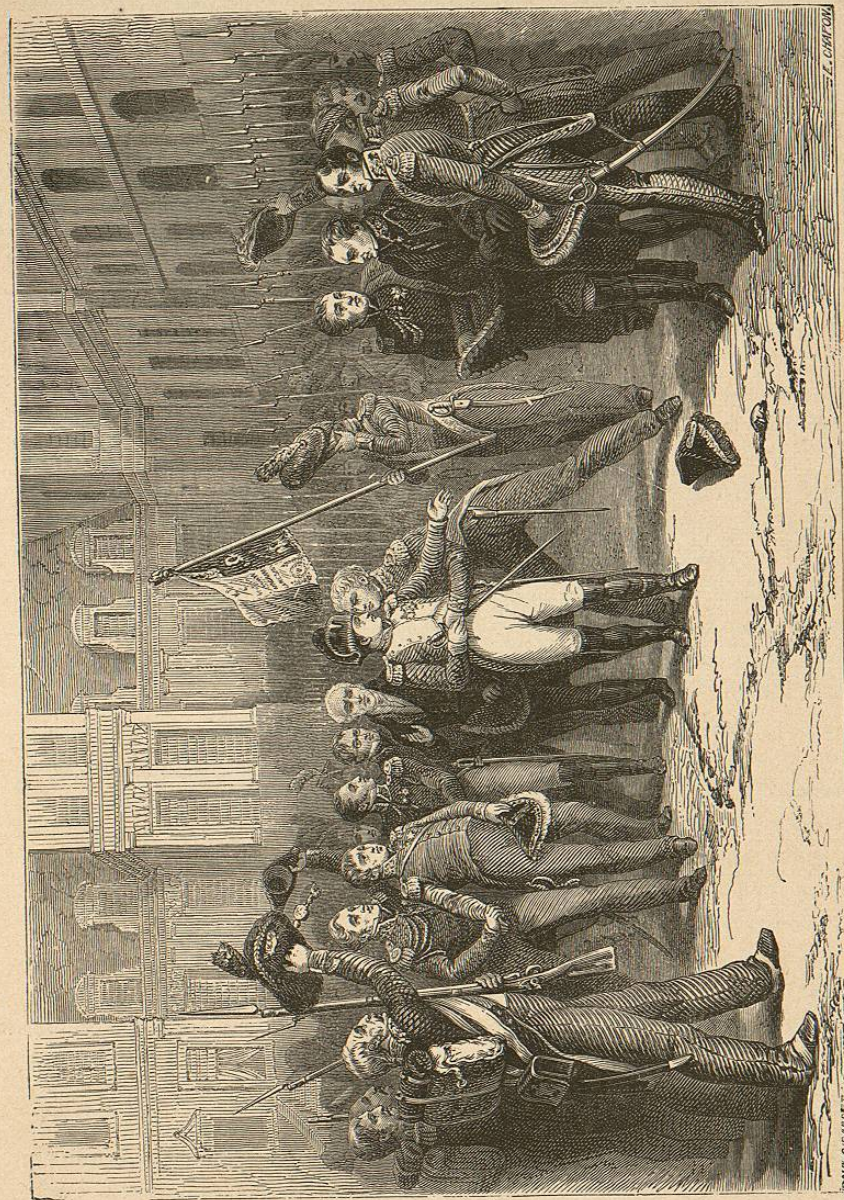
Sajonia-Coburgo, que andando el tiempo será el rey de los belgas Leopoldo I; el príncipe de Metternich y el conde de Nesselrode, el primero de los cuales ha sido embajador de Austria en París, y el segundo primer secretario de la embajada de Rusia y que á la sazón frecuentaban el salón de la reina. Sin embargo, ella no ha hecho nada por alcanzar las ventajas que le concede el tratado de 11 de abril. El 9 había dirigido desde el castillo de Navarra una carta á Mlle. Cochelet en la que le decía: «Querida Luisa: Todo el mundo me escribe, lo mismo que tú, para preguntarme: ¿qué queréis?, ¿qué pedís? Y á todos les respondo: Absolutamente nada. ¿Qué puedo desear? Cuando se ha tenido la fuerza de adoptar un gran partido y se ha podido considerar con sangre fría el viaje á las Indias ó á América, es inútil pedir nada á nadie..... En realidad, personalmente no soy muy de compadecer. ¡He sufrido tanto en medio de las grandezas! Quizás voy ahora á conocer la tranquilidad y á encontrarla preferible á toda la brillante agitación que me rodeaba. No creo que podrá permanecer en Francia: el vivo interés que se me demuestra podría ser perjudicial. Esta idea es abrumadora; pero no quiero causar inquietud á nadie.»

Lo que sobresaltaba principalmente á la reina era el temor de que la quitaran sus hijos. «¡Ah! Espero que no me reclamen mis hijos, porque entonces sí que perdería mi valor. Criados á mi lado y por mí, se juzgarán dichosos cualquiera que sea su situación. Les enseñaré á ser dignos de la buena y de la adversa fortuna y á cifrar su ventura en la satisfacción de sí mismos. Esto vale tanto como las coronas. Mi felicidad consiste en que estén buenos.»

Mlle. Cochelet escribió entonces á la reina: «Acabo de ver otra vez á M. de Nesselrode, que me ha preguntado con interés por vos..... El príncipe Leopoldo se aloja en la misma casa que la condesa Tascher; se ocupa continuamente de vos y de vuestra madre; ese no es ingrato, y recuerda todas las atenciones que ambas han tenido con él..... Vuestros amigos están empeñados en que paséis á la Malmaison tan luego como el emperador Napoleón haya partido de Fontainebleau. Se asegura que el emperador de Rusia quiere ir á veros al castillo de Navarra si no venís á la Malmaison. No podréis, pues, evitar su visita, y debéis tener presente que tiene en sus manos el porvenir de vuestros hijos.»

Hortensia contestó el 12 de abril: «Querida Luisa: Te aflige mi resolución. Todos me tacháis de puerilidad. ¡Sois injustos! Mi madre puede seguir el consejo del duque de Vicenza; ella irá á la Malmaison, pero yo *me quedo*: no debo separar mi causa de la de mis hijos. Ellos y sus padres son los sacrificados en todo cuanto se hace: no quiero, pues, tener trato alguno con los que neutralizan su destino..... No dudo que el emperador de Rusia sea muy bueno para conmigo; he oído hablar muy bien de él, hasta al emperador Napoleón; pero si antes tenía curiosidad por conocerle, ahora no quiero verle; ¿acaso no es nuestro vencedor?... Mi madre se opone á todos mis proyectos; dice que me necesita, pero no por eso dejaré de ir al lado de la que debe ser más desgraciada.»

La que en concepto de la ex reina Hortensia debía ser más desgraciada era



Despedida de Napoleón I de su guardia en Fontainebleau

la emperatriz María Luisa, que á la sazón estaba en Rambouillet, donde aguardaba la llegada de su padre el emperador de Austria. Hortensia se reunió allí con ella el 16 de abril. La acogida que hizo la emperatriz de los franceses á la ex reina de Holanda fué fría y embarazosa. Hortensia echó de ver en seguida que María Luisa, aunque afligida, tenía mucho menos sentimiento que Josefina: «He pensado, ha dicho la reina, que yo era mucho más necesaria á mi madre, la cual comparte tan vivamente los sinsabores del emperador, y puesto que en lugar de consolar á la emperatriz María Luisa, la molestaba, me he despedido de ella. Su padre iba á llegar, y en efecto le he encontrado por el camino, yendo en un coche con M. de Metternich.»

Napoleón, después de despedirse de su guardia, salió de Fontainebleau el 20 de abril con dirección á la isla de Elba. En la misma ocasión, el emperador Alejandro se hacía, por decirlo así, cortesano de la emperatriz Josefina en la Malmaison. Hortensia se reunió allí con su madre y al principio se mostró reservada con el tsar. M. de Nesselrode dijo entonces á Mlle. Cochelet: «Vuestra reina, tan amable por lo general, no lo ha estado mucho, según parece, con nuestro soberano, á quien semejante conducta ha apesadumbrado de veras, tanto más cuanto que tiene vivos deseos de serle útil, lo mismo que al príncipe Eugenio. Ha encontrado á la reina muy digna, pero muy fría; nada le ha contestado á los ofrecimientos que le ha hecho en favor de sus hijos, y es difícil que él la preste algún servicio, si ella se niega tan obstinadamente á aceptarlos. Por lo que hace á la emperatriz Josefina, su dulzura, su bondad, su abandono, le han complacido en extremo.»

El emperador Alejandro tenía en el más alto grado el deseo de complacer á las personas á quienes distinguía, pero desconfiaba de las que le lisonjeaban demasiado. La frialdad de Hortensia le picó; volvió á la Malmaison y con su exquisita cortesía no tardó en apoderarse del ánimo de la reina. «Veo, decía ésta, que el emperador de Rusia tiene una delicadeza de sentimientos verdaderamente femenina: comprende toda nuestra posición, hasta nuestro orgullo y nuestra reserva para con él, y es imposible no agradecersele.»

Con gran desesperación de la sociedad legitimista, el tsar demostraba gran entusiasmo por Josefina, Hortensia y el príncipe Eugenio. «¿Qué me importa la gente del barrio de San Germán?, decía. Tanto peor para esas señoras si no han sabido conquistarme. Hallo en la emperatriz Josefina y en sus hijos todo cuanto es digno de admirar y de atraer; me agrada más estar con ellos, en las dulzuras de una vida íntima, que con personas que son como energúmenos, y que en vez de alegrarse del triunfo que les hemos proporcionado, no piensan más que en aniquilar á sus enemigos, empezando por los mismos que les han protegido tanto tiempo: cansan por su exasperación.» El tsar quiso hacer una visita á Hortensia en su palacio de la calle de Cerutti. Al recibirle, ella le dijo: «Encontráis mi morada desierta: ya no me queda nadie para recibirlos con la debida ceremonia. Pero ¿qué importa? ¿Creéis que las antesalas llenas de libreas doradas labren la

felicidad de los que vengan ahora á verme?» Alejandro contestó á la reina: «Yo estaba en favor de la Regencia, y sobre todo por que se consultara al país; pero se han apresurado á llamar á los Borbones sin ninguna garantía. Tanto peor para los franceses si les va mal con esa dinastía: ellos lo habrán querido y no yo. Yo haré siempre respetar á vuestra familia..... Si Rusia os conviniera, tendría



El emperador Alejandro I de Rusia

una satisfacción en ofrecer un palacio; pero os parecerá el clima demasiado riguroso para vuestra delicada salud..... ¡Sois tan querida en Francia!.... ¿Por qué no habéis de continuar en ella?»

El 14 de mayo, el tsar quiso ver el castillo de Saint Leu, donde fué recibido por Josefina y Hortensia. Fué allí sin ceremonia, en un pequeño carruaje, con el conde Tchernischeff. El 21 visitó la máquina de Marly en compañía de Hortensia y de sus hijos, y por la noche comió en la Malmaison con Josefina, que le regaló un hermoso camafeo, presente del papa Pío VII. El 23 volvió á comer allí juntamente con el rey de Prusia y sus dos hijos (el futuro Federico

Guillermo IV y el futuro emperador Guillermo). Cuando los hijos de la reina Hortensia vieron llegar á los dos soberanos, como estaban acostumbrados á ver siempre reyes de su familia, preguntaron á su aya si Federico Guillermo III y Alejandro eran también tíos suyos y si debían llamarlos así. «No, dijo el aya; les diréis simplemente: Señor.» Y añadió: «Ese emperador de Rusia que estáis viendo es un enemigo generoso, que quiere seros útil, lo mismo que á vuestra mamá, en su desgracia. A no ser por él, no tendríais nada en el mundo, y la suerte de vuestro tío el emperador sería mucho más desgraciada.» El príncipe Napoleón preguntó: «¿Es decir, que debemos quererle? — Sí, contestó Mme. de Boubers, porque le debéis agradecimiento.» El principito Luis había escuchado esta conversación sin decir una palabra, y al poco rato se acercó de puntillas al tsar y muy despacio y sin que nadie lo notara le deslizó una sortija en la mano y echó á correr. Su madre le llamó, y al preguntarle qué acababa de hacer, el niño le contestó: «Mi tío Eugenio me regaló esa sortija, y yo he querido dársela al emperador Alejandro, puesto que es tan bueno para ti.» El tsar colgó la sortija de la cadena de su reloj y dijo que la llevaría siempre. Si Napoleón III hubiera pensado más á menudo en ese recuerdo de su infancia, tal vez no habría sobrevenido la guerra de Crimea, error heroico, pero funesto.

El 28 de mayo Alejandro volvió á la Malmaison, pero entonces la emperatriz Josefina no pudo recibirle, porque padecía de anginas cuyo germen había contraído paseándose de noche junto al estanque de San Cucufate. Al día siguiente, Pascua de Pentecostés, exhalaba el postrer suspiro. Celebráronse sus exequias el 2 de junio, y veinte mil personas siguieron el coche mortuorio hasta la iglesia de Rueil donde se efectuó la inhumación, estando presidido el duelo por los hijos de la reina Hortensia. Al otro día, Alejandro, que se había hecho representar en las exequias de Josefina, salió de París; pero antes de partir obtuvo de Luis XVIII que el dominio de Saint Leu fuese erigido en ducado con dotación en favor de Hortensia y de sus hijos.

Mientras su mujer coqueteaba con las potencias aliadas, el rey Luis observaba la más noble actitud. No se había separado de María Luisa hasta dejarla en manos de los extranjeros, y en seguida se refugió en Lausana, con el nombre de conde de Saint Leu, aunque los aliados le hicieron saber que se le concedía autorización para vivir en Francia. Al tener noticia de que Luis XVIII, sin avisarle siquiera, había erigido la tierra de Saint Leu en ducado, redactó una protesta, en virtud de la cual declaraba oficialmente que renunciaba á todas las ventajas que se le ofrecían por el tratado de Fontainebleau del 11 de abril de 1814; añadía que renunciaba también en nombre de sus hijos; que, simple particular desde su abdicación, y habiendo rechazado todos los ofrecimientos así como la dotación que se le había querido conceder por el senadoconsulto de 10 de diciembre de 1810, entendía no deber conservar otras dependencias en su propiedad de Saint Leu que aquellas que ya había en 1809, únicas que le pertenecían.

El ex rey de Holanda se afectó vivamente al saber que su mujer había pedido á Luis XVIII una audiencia para darle las gracias y que había sido recibida con la mayor cortesía. M. de Semonville dijo á Mme. Cochelet: «¿No sabéis la noticia? Vuestra reina ha sorbido el seso á Luis XVIII, el cual no hace más que hablar de ella, y está encantado de su talento, de su tacto, de sus modales, tanto que en el palacio ya se toma á broma. — Arreglad el divorcio y casaos con ella, puesto que tan encantadora os parece, le dice su familia.» La sociedad del barrio de San Germán censuraba mucho la simpatía de Luis XVIII por Hortensia y sostenía que el salón de ésta era un foco incesante de conspiraciones contra los Borbones. Hortensia no conspiró personalmente; pero era lo cierto que los jóvenes oficiales bonapartistas á la moda, como los Lawcstine, los Flahaut y los La Bedoyère, hablaban en su casa de un modo violento contra la corte y no se recataban para anunciar el pronto regreso de Napoleón.

El 31 de diciembre de 1814, muchas señoras que habían estado al principio de la velada en las Tullerías con el objeto de felicitar á la familia real por el año nuevo, se presentaron en seguida en casa de la ex reina Hortensia, como si todavía existiera el Imperio. Durante el carnaval de 1815, la comitiva del Buey Gordo hizo su visita á la ex reina de Holanda, lo mismo que los años anteriores. Cuantos bonapartistas había en París se regocijaban siempre que oían hablar de Hortensia.

Y sin embargo, la reina estaba entonces llena de crueles angustias. El rey Luis reclamaba á su hijo mayor y consentía en dejar el otro á la madre. Como Hortensia opusiera á esta demanda, que no podía ser más justa, un «no ha lugar» terminante, la cuestión iba á pasar á los tribunales. Dos abogados célebres defendieron ante el tribunal civil del Sena, Tripier al marido y Bonnet á la mujer. El segundo, después de recordar que Luis XVIII había otorgado en debida forma el ducado de Saint Leu á la ex reina de Holanda y á sus descendientes, agregó estas curiosas palabras: «Todo ha terminado con el insigne beneficio que ha encontrado corazones agradecidos. ¿Qué debéis pensar de una indiscreta reclamación que propende á convertir en extranjero al joven duque de Saint Leu, á arrebatárle á su madre, á su patria, á su rey?» El tribunal no se dejó convencer por este argumento, y el 7 de marzo de 1815 decidió que se devolviera el hijo mayor á su padre en el plazo de tres meses. Pero en el mismo momento en que se pronunciaba esta sentencia, sabíase en París que Napoleón acababa de desembarcar en Francia. Esto podía cambiar mucho las cosas.

Los legitimistas prorrumpieron en tales clamores contra la reina, que, viéndose ésta á punto de ser tratada como sospechosa y encarcelada tal vez, resolvió poner en seguridad á sus hijos y los hizo llevar secretamente á casa de una tendera del bulevar, mientras ella se escondía en otra de la calle Duphot. Algo le decía que en breve saldría de aquel asilo para reaparecer en el palacio de las Tullerías, y que Napoleón no había podido adoptar un partido como el que acababa de tomar sin tener serias probabilidades de éxito. A pesar de sus pro-

testas de amor al sosiego y á la paz, Hortensia tenía un alma ardiente y ávida de emociones. Con su carácter aventurero y novelesco, no le desagradaba presenciar la terrible partida que se iba á jugar. La esperanza de volver á ver en breve al emperador, á quien profesaba verdadero culto, la halagaba. Pensaba también que aquel omnipotente protector le concedería sin duda la gracia que más ardientemente deseaba: la autorización de conservar á su lado á sus dos hijos, á pesar del proceso que acababa de perder.

## III

## LOS CIEN DÍAS

La reina Hortensia no estaba en el secreto del regreso de la isla de Elba; y tanto era así, que la noticia del desembarque del emperador en el golfo Juan la sorprendió no menos que á los mismos realistas, á pesar de lo cual éstos pretendieron que había conspirado y demostraron contra ella vivo resentimiento. Napoleón III, en las notas que ha dejado con el título de *Recuerdos de mi vida*, ha escrito lo siguiente acerca de este asunto: «Los realistas y los guardias de corps manifestaron gran enojo contra mi madre y sus hijos. Hízose circular la noticia de que debíamos ser asesinados. Una noche, nuestra aya vino á buscarlos, y seguidos de un criado, nos hizo atravesar el jardín de la casa de mi madre, situada en la calle de Cerutti, núm. 8, y nos llevó á una pequeña habitación del bulevar, donde habíamos de permanecer ocultos. Era la primera señal de los reveses de la fortuna. Por primera vez huíamos del hogar paterno, y sin embargo, nuestra tierna edad nos impedía comprender el alcance de los acontecimientos; aquel cambio de situación nos regocijaba.»

Hortensia, que había aceptado de Luis XVIII el título de duquesa de Saint Leu con una dotación y que había sido tratada con grandes consideraciones por el emperador Alejandro, se encontraba en una situación bastante delicada, así respecto á los dos soberanos como á Napoleón. Algunos años después dijo á Mme. Recamier: «He sabido la noticia del desembarque del emperador por lo que se ha dicho públicamente, y confieso que me ha causado más sentimiento que alegría. Conocía demasiado al emperador para creer que hubiera acometido semejante empresa sin tener fundadas razones para esperar un buen resultado; pero la perspectiva de una guerra civil me afligía profundamente, y estaba persuadida de que no era posible evitarla. La rápida llegada del emperador desconcertó todas las previsiones, y al saber la partida del rey y al representármelo anciano, achacoso, obligado á salir otra vez de su patria, me sentí vivamente conmovida. Me era insoportable la idea de que en aquel momento pudiera tacharme de ingratitud y de traición, y á pesar de todos los inconvenientes que semejante paso pudiera tener para mí, le escribí para disculparme de toda participación en los sucesos que acababan de ocurrir.»

Hortensia había podido ser realista ó pasar por tal durante toda la primera Restauración; mas tan luego como se encontró en presencia de Napoleón I, su